



MARIO GOLOBOFF
Zama,
 de Antonio
 Di Benedetto

Página 2

D. FREIDEMBERG
 Los
 sonidos
 del silencio

Página 3



CUENTO
 “Larga es la
 noche”, por
 Miguel Ángel
 Molfino

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 4 | JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 2011

libertades del libre mercado



VICENTE
 BATTISTA

Nicolai Gogol en un ataque de misticismo quemó la segunda parte de sus *Almas Muertas* y antes de que lo encerraran en el manicomio se ocupó de enviar al fuego el resto de su obra inédita. Franz Kafka ensayó un disparate parecido, aunque él no se atrevió a encender el fósforo: dejó la responsabilidad en manos de su amigo Max Brod. Poco después de la muerte de Kafka, Max Brod tuvo la feliz idea de incumplir con el pedido que le hiciera su amigo: en lugar de enviar los manuscritos a la hoguera se ocupó de clasificarlos y editarlos. Fernando Pessoa, hombre de pocas palabras y muchos heterónimos, simplemente acumuló su obra inédita en el interior de un baúl, y allí la descubrieron tiempo después de su muerte.

Gogol, Kafka y Pessoa son nombres clave para la literatura; sin embargo, por lo que se ve, no les inquietaba publicar y menos aún obtener un sitio en esa imprecisión que algunos llaman inmortalidad. Cierta vez le oímos decir a Borges que “cuanto más se tarda en publicar, mejor. Y si no se

publica, quizá sea lo mejor de todo”. Borges, como bien se sabe, era contradictorio: en su cuento “El milagro secreto”, Jaromír Hladik, el escritor judío prisionero de la Gestapo, sabe que va a ser ejecutado; luego de un exhaustivo examen de conciencia, llega a la conclusión de que sólo le interesa componer los dos actos inconclusos de su tragicomedia *Los enemigos*. Entonces pacta con Dios “para llevar a término ese drama que puede justificarme y justificarte”. Justificarse ante Dios o ante el mundo? En el primer caso, bastará con que finalice su obra; en definitiva, Dios tiene su propio modo de leer. En el segundo, necesariamente tendrá que publicar *Los enemigos*. Los lectores, simples mortales, son los que finalmente le dan sentido a la obra. “Una literatura difiere de otra ulterior o anterior —señala Borges—, menos por el texto que por la manera de ser leída”.

Es natural, entonces, que todo poeta o narrador quiera publicar su obra. Pero a las casas edi-

SIGUE EN LA PÁGINA 2 →



ZAMA

“Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría. Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba. Entreverada entre sus palos, se maneja la porción de agua del río que entre ellos recae. Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía,

con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevarse y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos. Ahí estábamos, por irnos y no.”

Comienzo de la novela *Zama*, de Antonio Di Benedetto.

libertades del libre mercado



El mercado es la censura de estos tiempos.

George Steiner



VIENE DE LA TAPA

toras, empresas fundadas con ese noble propósito, no siempre les parece natural. En 1981 *La conjura de los necios* obtuvo el Premio Pulitzer. Su autor, John Kennedy Toole, no pudo festejarlo. Se había suicidado doce años antes, cansado de que todas las editoriales de Estados Unidos de América le rechazaran la novela. Brett De La Mare, un joven escritor australiano, optó por un recurso menos trágico: aterrizó en un paracaídas movido a motor en medio de los jardines del Palacio de Buckingham. Su propósito era captar la atención de alguna editorial y conseguir de ese modo publicar su novela *Amanecer canino*.

En la Argentina no es aconsejable recurrir a la dramática decisión de John Kennedy Toole; tampoco a la extravagante opción de Brett De La Mare. Hay escasas posibilidades de obtener algún símil del Pulitzer y seguramente ninguna editorial se interesará por el joven e intrépido novelista y su paracaídas a motor. ¿Cuál es la razón de esa indiferencia? Cuestiones de mercado. Un mercado, desde hace tiempo, cuestionado y a la vez alimentado por muchos comentaristas de nuestra literatura: el n° 66 de *Punto de Vista*, la revista que en 2000 dirigiera Beatriz Sarlo, amontonó la opinión de algunos críticos en torno a “Literatura, mercado y crítica”, ése era el

título de la nota. Ahí se hablaba de “estrategia” y se informaba de qué manera los autores “irrupen en la escena literaria para ocupar espacios”. Los sagaces críticos postulaban que esos autores debían armar “la máquina dentro de la cual debe leerse su literatura”. Finalmente, todo parecía reducirse a una magra cifra de ventas.

“El mercado es la censura de estos tiempos”, postuló George Steiner. En lugar de demorarnos

estableciendo “estrategias”, ocupando “espacios” o montando una “máquina vendedora”, deberíamos trabajar en libertad, sin soslayar los nuevos modos de circulación y las sugestivas posibilidades que ofrece Internet, a partir de las distintas maneras de escritura que genera. Parafraseando una definitiva paradoja de Sartre —“Nunca hemos sido tan libres como durante la ocupación alemana”—, podríamos decir que nunca hemos sido más libres que ahora, que el mercado prescinde de nosotros. Se trata de prescindir gentilmente del mercado y hacer buen uso de esa libertad.



RELECTURAS

Zama, de Antonio Di Benedetto



MARIO GOLOBOFF

Buena relectura o imprescindible lectura para cerrar momentos del Bicentenario. Texto apretado, homogéneo, de enorme tensión, en el que Don Diego de Zama, funcionario colonial español de origen americano en Asunción del Paraguay, expone, en un insistente monólogo interior, su vida, sus obsesiones, su degradación personal y política, la de sus normas y valores, al tiempo que acompa-

ña (y exhibe) la declinación del Imperio.

La obra del mendocino Antonio Di Benedetto, publicada en 1956, tuvo rápida difusión en Alemania y en Francia, y entre los círculos de intelectuales y escritores europeos gozaba de prestigio, mientras en Argentina apenas empezaba a ser reconocida. Cuando, en noviembre de 1978, recibió en Roma el Premio della Biennale de Instituto Italo-latinoamericano (cuarto de la serie, que antes habían otorgado a José Lezama Lima, Juan Carlos Onetti y Jorge Amado), el mayor especialista italiano en literatura de América latina,

Antonio Melis, escribió: “Es una novela histórica de tipo particular, en cuanto tiende a resolverse todo en una dimensión psicológica.../... en un encanallamiento progresivo que parece reflejar el que se entrevé en el ambiente circundante.../... Se trata de una escritura refinada y, casi, destilada...”.

Una voz narrativa, permanente y persistente, la del protagonista Zama cuenta su vida, sus obsesiones, su degradación, en un largo monólogo interior. La distancia entre el autor y el narrador es, sin embargo, mayúscula, y difícilmente puedan detectarse intenciones autobiográficas, transposi-

ciones muy personales (aunque sin duda las hay), o intentos de reconstrucción histórica de un pasado, por idílico o bochornoso que sea.

Como en otras novelas del mismo escritor (*Los suicidas* o *El silenciero*), se trata de una soledad que enfrenta el acoso y la incompreensión exteriores, y que en su interior se redobla, haciéndola víctima de sus propios enfrentamientos morales, de sus obsesiones fantasmáticas. Hay uso preeminente de la primera persona, la cual, a la vez que narra, protagoniza. El ritmo es febril y casi instantáneo, temporalizado por el pretérito indefinido. Un léxico

amplio y culto da a su lenguaje (tal vez el elemento en que más se funda la originalidad de este autor) la base necesaria para que, apretada y minuciosamente, sus narraciones dibujen, más que ficciones individuales, vastas zonas de la vida contemporánea.

La secreta y serena complejidad no ha debido pasar, en el caso de Antonio Di Benedetto, por los atajos (y las facilidades) de un dudoso “realismo mágico”, sino someterse a la fragua de un trabajo verbal sin concesiones, el único donde nuestras literaturas pueden encontrar sus fuentes de autonomía.

Historia de las Literaturas Argentinas - www.aurora.com.ar



POÉTICA

La poética mía fue un rechazo a la poesía que yo llamaba lastimosa, mendicante, de la poesía social. Recién ahora lo tengo claro. En principio fue ese rechazo. Después trajo otras formas de hacer, era responder a la distorsión con la distorsión multiplicada. Y eso dio como resultado la risa, el grotesco de la parodia y la caricatura, que me sirvió para explicarme el porqué de ese

rechazo. Es que veníamos de una generación de elegíacos, de lo social y lo otro. Entonces la risa estaba fuera de lugar. El mismo Dante dice que el diablo va adelante haciendo una trompeta de su culo, y es el Dante... La parodia se relaciona con el modelo pero después puede ser ella. Podés leer el *Ulises* de Joyce como una parodia de Ulises.

Leónidas Lamborghini; *Mezcolanza. A modo de memoria.*

Los sonidos del silencio

LIBROS

El desfile salvaje



DANIEL FREIDEMBERG

A partir de las poéticas de Lamborghini, Gelman, Valente y San Juan de la Cruz, Freidemberg se detiene en una de las funciones que se asignan a la poesía: extraer de las palabras su capacidad de decir otra cosa que lo que dicen siempre.

No fue un vate romántico ni un cultor del misterio el que lo dijo, sino el mayor desmitificador que ha tenido la poesía argentina, Leónidas Lamborghini: "El poeta es el Prometeo que arrebató la palabra al silencio". Como el titán que en el mito griego robó el fuego a los dioses para traérselo a los humanos, el trabajo poético tiene que ver, para el autor de *Las patas en las fuentes*, con el riesgo: meterse en zonas extrañas para trasladar algo candente y vivo a otro lugar, donarlo. Pero no es a la lengua a donde va a buscar las palabras sino al silencio, a lo que yace sin forma reconocible ni lugar en la sociedad.

No son las palabras ya conformadas y con un sentido aceptado las que importan, sino las que vienen de la ausencia de palabras. No vienen tanto a instalar algo entre los discursos sino en el terreno de lo que no está dicho y que necesita hacerse presente de algún modo. Como si las del poema fueran palabras recién nacidas, como si surgieran de una imposibilidad de decir o fueran un intento de dar palabra a aquello que no tiene palabra para ser dicho. Entre las muchas funciones que poetas y teóricos asignan a la poesía, me importa esa: decir algo que percibimos y no sabemos bien qué es, extraer de las palabras su capacidad de decir otra cosa que lo que dicen siempre. Avanzar sin res-



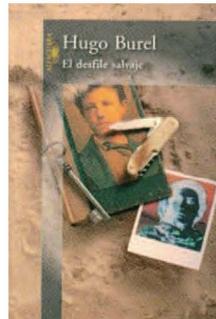
ESTUDIO DE MANOS. ALBERTO DURERO, LÁPIZ GRAFITO SOBRE PAPEL (FRAGMENTO).

guardo: la experiencia del místico que, como San Juan de la Cruz, entra al silencio y la oscuridad para llegar a Dios, fue muchas veces comparada a la de quien hace poesía, y hasta la de quien la lee. No se trata en este caso de una experiencia completa en sí misma, como la del místico, ni aquello que buscan las palabras es Dios, pero la propia realidad del mundo y de la vida es lo suficientemente esquiva y huidiza para quien no se resigna a resolverla en fórmulas tranquilizadoras. Juan Gelman, que leyó mucho a los místicos, me dijo hace casi veinte años: "Lo que pasa es que hay, creo yo, una cualidad del lenguaje, de la poesía en particular, por la cual las palabras dejan más cosas en silencio que dichas. Cuan-

do las palabras logran decir lo que dicen y además decir lo que no dicen, y de esa manera logran callar lo que dicen. Bueno, San Juan de la Cruz es un tipo así... para mí sería un ideal llegar ahí."

Me quedó muy grabado ese modo de ver la cuestión, que permite apreciar mejor cuál es la apuesta a la que responden escrituras tan jugadas como las de *Mundar* o *Averásalame en su porfía*, y que Gelman tomó de su amigo, el gallego José Ángel Valente. Gran poeta, autor de deslumbrantes estudios sobre la poesía mística, Valente escribió: "esa palabra [poética] que pone en tensión máxima al lenguaje entre el decir y el callar. La palabra dice así lo que dice, a la vez que dice lo que calla". A lo que Gelman agregó:

"también calla lo que dice". Algo hay que no está dicho atrás de lo que aparece dicho, o alrededor, o en los modos de trabajar la palabra más que en sus significados, o en las evocaciones que vienen con las palabras, y en la posibilidad de "decir" eso que no se dice está lo bueno de la poesía. Y en lo que se calla, lo que la poesía se niega a decir para que brille por su ausencia: bien puede un poema decir con claridad y sin dudas muchas cosas, a veces muy interesantes o valiosas, pero habría, además, una cosa callada para presente y es lo que más debería importarnos. Tal vez ahí esté la diferencia entre la poesía que se asume como tal, y como tal se juega, con el discurso versificado que circula como "poesía" para pasar el rato.



El desfile salvaje

Hugo Burel

Alfaguara, 2007, 394 páginas.

Esta novela de Hugo Burel, *El desfile salvaje*, relata los hechos de cinco viejos amigos que vuelven a reunirse porque quien fuera el líder del grupo, quien obraba una gran influencia en la vida de todos, acaba de fallecer. De inmediato nos vemos sumergidos en los recuerdos del protagonista, Marcelo, miembro de aquel grupo del pasado.

Este funeral que los reúne termina transformándose en un rompecabezas. Parece que el muerto ha planeado con cuidado cada detalle de su desaparición y los ha manipulado a todos, disponiéndolos en su plan como piezas de ajedrez.

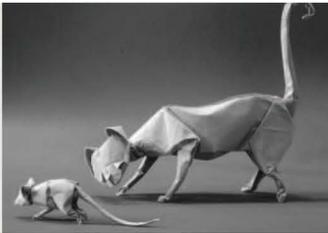
Por momentos, esta historia policial transita por los peligros del éxito, los abrumamientos del triunfo constante, el egoísmo y el hedonismo acérrimo y por un compendio de vivencias mal digeridas que arrastran a los protagonistas a la traición, al odio, al arrepentimiento. Como en un coctel bien agitado, donde el pasado no es estático, donde el presente puede no ser lo que parece, y dónde el futuro es tan incierto como el abismo más profundo. Burel nos cuenta un relato sobre las relaciones humanas, plagadas de antagonismos, misteriosas miserias, imperfectas, como todos nosotros.

MARÍA JOSE SÁNCHEZ

EL SUEÑO DEL REY

—Ahora está soñando. ¿Con quién sueña? ¿Lo sabes?
—Nadie lo sabe.
—Sueña contigo. Y si dejara de soñar, ¿qué sería de tí?
—No lo sé.
—Desaparecerías. Eres una figura de su sueño.
Si se despertara ese Rey te apagarías como una vela.

Lewis Carroll



UNA PEQUEÑA FÁBULA

¡Ay! —dijo el ratón—. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo. Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido

que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar. —Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo —dijo el gato... y se lo comió—.

Franz Kafka



CONTRATAPA

➔ MIGUEL ÁNGEL MOLFINO



➔ ALEJANDRO DOLINA

Larga es la noche

El oficio de soñar suele pasar, para algunos, como una misteriosa destreza propia de ángeles, poetas y quinieleros. Para otros, una expurgación del inconsciente, una situación edénica en la que uno pasea por las madrugadas con sus fantasías, deseos y mambos inconclusos.

La relación de los hermanos gemelos Mario y Elena Orsi con los sueños no por singular ha sido menos terrible. Ahora, a los 78 años, lejanos ya los tiempos en que los suponían pitonisos y hasta tremebundos seres encarnados en gemelos, los hermanos evocan cuando soñaban por encargo.

A los cinco años supieron que soñaban a dúo. Luego entendieron que podían premeditar los sueños y advertirles esquivadas del futuro. Ciertas dificultades económicas empujaron al padre a montar un módico y rentable circo en torno de las operaciones oníricas de los pequeños Mario y Elena: empezaron a soñar a pedido.

Así, una vecina angustiada deseaba saber si su marido la engañaba, dejaba caer unos pesos en la caja de cartón habilitada al efecto y esperaba que los mellizos durmieran cuarenta minutos. El sueño respondía con imágenes vagas aunque elocuentes: el marido acariciaba un corpiño negro de encaje mientras miraba un gallo persiguiendo una gallina casi humana. Con esto era suficiente.

Los aciertos atrajeron curiosos de todas partes. Y los gemelos, con el fin de perfeccionar sus técnicas, antes de dormir comían una tajada de dulce de membrillo. El detalle les permitía acceder a escenas menos metafóricas, acaso más ajustadas.

Ya adolescentes terminaron soñando para familias del Barrio Norte y San Isidro. Mario y Elena, por las noches, recibían los pedidos de sus adinerados empleadores. Después comían membrillo y hasta la hora del desayuno trabajaban durmiendo. De ese período es po-



*Un corredor sin fin
abría a sus costados
agujeros desde donde
se escuchaban goteos
y gemidos.*

sible referir dos sueños memorables. El primero fue soñado para un terrateniente, hacia el año 1941.

El estanciero estaba inquieto por la situación política que vivía el país y quería saber en qué iba a desembocar. Mario y Elena soñaron un campo repleto de vacas insólitamente cortadas por la mitad. Este paisaje era glosado por una voz filosa de mujer que gritaba entre altoparlantes. El campo se convertía en un gran living mientras una multitud de voces coreaba: ¡viva el coronel!

Con el tiempo, los gemelos supieron que habían soñado el advenimiento de Juan Domingo Perón y con la voz de Eva Perón.

El segundo sueño memorable predijo el primer triunfo inter-

nacional de Fangio.

Ya huérfanos, con los frutos de sus sueños compraron un departamento en la calle Quintana y una cupé Chevrolet.

Su versación onírica les acarreó un vasto éxito en la sociedad porteña y hasta debieron renunciar a ofertas para actuar en el Circo Lowandi y en el Parque Japonés. Reducidos a meros soñadores, la soledad los fue cercando.

Elena Orsi llegó a enamorarse de un cliente, un abogado cortés, alto y canoso, que la contrató para que soñara el futuro de su matrimonio. Estremecida de amor por el hombre, comió membrillo y soñó el porvenir que le podría acontecer si se dejaba llevar por sus sentimientos. Despertó bañada en lágrimas.

Mario Orsi, por su parte, se estructuró en un hombre gordo, de facciones apropiadas y adustas. Jamás se le conoció mujer alguna. Jamás soñó nada para él mismo.

Solitarios, envejeciendo en el eterno ocaso de su departamento, continuaron con su cada vez más decaído oficio. Corría el año 1975.

Hacia la mitad de ese año, un desventurado cruce de calle inició el último y acaso más atroz sueño de los hermanos. Mario fue atropellado por un colectivo y estuvo grave durante un mes.

La vigilia de la internación fue un bálsamo para Elena. No pudo soñar por todo ese tiempo. El día que su hermano mostró señales favorables, Elena volvió a comer membrillo. Y soñó. Mejor dicho, soñaron.

Todo estaba iluminado por una semioscuridad llorosa. Un corredor sin fin abría a sus costados agujeros desde donde se escuchaban goteos y gemidos. Los Orsi caminaban tomados de la mano. Y vieron entonces a decenas y decenas de mujeres y hombres martirizados, desparramados en celdas, pasillos y en el piso, colgados de cadenas, agonizantes y cayeron, más allá de los gemidos y el goteo, un zumbido helado, como de una autógena, seguido de una tormenta de alaridos. Despertaron sobresaltados.

Por las dudas, dejaron de comer membrillo. Y de soñar.

Cuentos breves

El duelo o la refutación del horóscopo

Los dos hombres nacen el mismo día, a la misma hora. Sus vidas no se cruzan hasta que son enamorados por la misma mujer. Entonces se encuentran y pelean por ella. Uno de ellos obtiene la victoria y el amor. Al otro le corresponde el dolor, la humillación y quizá la muerte. Los astrólogos han previsto ese día el mismo horóscopo para los dos. Tal vez son erróneos los vaticinios. O tal vez se equivoca uno al pensar que el amor y la muerte son destinos distintos.

El hombre que era, sin saberlo, el diablo

Un caballero de la calle Caracas resolvió negociar su alma. Siguiendo los ritos alcanzó a convocar a Astaroth, miembro de la nobleza infernal.

—Deseo vender mi alma al diablo —declaró.

—No será posible —contestó Astaroth.

—¿Por qué?

—Porque usted es el diablo.

Historia del que padecía los dos males

En la calle Caracas vivía un hombre que amaba a una rubia. Pero ella lo despreciaba enteramente. Unas cuerdas más abajo dos morochos se morían por el hombre y se le ofrecían ante su puerta. El las rechazaba honestamente. El amor depara dos máximas adversidades de opuesto signo: amar a quien no nos ama y ser amados por quien no podemos amar. El hombre de la calle Caracas padeció ambas desgracias al mismo tiempo y murió una mañana ante el llanto de las morochas y la indiferencia de la rubia.